

DOCUMENTACIÓN

JOSEFINA BLANCO, UNA MUJER OLVIDADA

SANDRA DOMÍNGUEZ CARREIRO
*Grupo de Investigación Cátedra Valle-Inclán
Universidad de Santiago de Compostela*

Aplaudida en los escenarios y actriz conocida en su época, Josefina Blanco Tejerina (León 1879-Pontevedra 1959) ha sido recordada como la mujer que durante veinticinco años estuvo casada con Ramón del Valle-Inclán, desplazando así a la que un día actuara en las tablas ante el público. La escasa, o antes bien, inexistente bibliografía sobre esta actriz revela hasta qué punto la actividad de su marido oscureció la suya, aunque según parece desprenderse de las dos entrevistas rescatadas del olvido, que aquí reproducimos, publicadas en 1917,¹ consistió en una renuncia voluntaria por parte de Josefina, gracias a la cual ella pudo desempeñar un papel—hasta ahora no estudiado o tal vez desconocido—de notable importancia respecto de la obra del escritor gallego.

Muchos son los datos que aportan estas entrevistas realizadas por la escritora y periodista Carmen de Burgos y por la también escritora y crítica de arte Margarita Nelken,² datos que apuntan en varias direcciones: por una parte, a la dimensión personal y artística de la entrevistada, por otra, a la obra y personalidad de Valle-Inclán, y cómo no, a la vida en común

de ambos, por lo que resulta de gran interés la lectura y análisis de estos dos coloquios teniendo en cuenta que no se conocen muchas entrevistas con Josefina Blanco.³

Como ya ha sido señalado, la esposa de Valle-Inclán, leonesa de origen, había llegado al teatro de la mano de su tía, la actriz Concha Suárez, y por sus características—menuda, dulce, y de aspecto aniñado—había desempeñado casi invariablemente el papel de “ingenua,” como ella misma confirma en estas entrevistas.

Pero mientras asegura a Carmen de Burgos (Apéndice I) no haber tenido vocación y, por lo tanto, no echar de menos el mundo de la escena, en la entrevista con Margarita Nelken muestra una mayor nostalgia: “no voy casi nunca al teatro, porque me da mucha pena . . .” (vid. Apéndice II). Sin embargo en ambos coloquios asoma un aspecto tal vez menos conocido de Josefina Blanco actriz: su frustración teatral, no por el hecho de haber abandonado los escenarios, sino precisamente por esos papeles de “ingenua” que solía representar, mientras ella aspiraba a otros de mayor altura artística.

Señalado también por todos los estudiosos de Valle es que éste y Josefina Blanco se habían conocido en los círculos teatrales de Ceferino Palencia y María Tubau,⁴ antes de que el autor de *Femeninas* perdiera el brazo y mientras aún aspiraba a ser actor.⁵ Ambos actuaron juntos en *La comida de las fieras* de Benavente, pero el noviazgo no había de formalizarse hasta 1906, durante los ensayos de la obra de Valle *El Marqués de Bradomín*, estrenada por la compañía de Francisco Ortega y Matilde Moreno,⁶ en la que estaba enrolada Josefina. La novedad que la entrevista de “Colombine” apunta es ese desconocido papel de “confidente” y “consejero” (vid. Apéndice I) que Valle desempeñó en la vida de la joven actriz cuando murió su tía, hasta que por fin, “acabamos por casarnos” (vid. Apéndice I). La boda religiosa tuvo lugar el 24 de agosto de 1907 en la parroquia de San Sebastián, en la calle Atocha de Madrid, y el mismo día el matrimonio fue inscrito en el Registro Civil de la capital.⁷

Tanto los estudiosos de Valle-Inclán como los amigos contemporáneos de éste coinciden en señalar que el matrimonio aportó al escritor un notable cambio físico—el aspecto bohe-

mio dio paso a una imagen más aliñada—y, sobre todo, una considerable mejora en su calidad de vida. Este último aspecto es confirmado por ambas entrevistadoras, pues tanto Margarita Nelken como Carmen de Burgos comienzan sus reportajes describiendo la acogedora vivienda, que por todos los datos debe corresponderse con Santa Engracia 23, dirección en la que se instaló la pareja en Madrid durante varios años. En la misma línea, a través de las palabras de Josefina, “En la casa es lo más bueno, lo más sencillo y lo más cariñoso que usted se puede imaginar. Juega más con sus hijos que yo” (vid. Apéndice I) “Para que se esté quieta [su hija Conchita] muchas veces mi marido le lee versos” (vid. Apéndice II) se traza el retrato de un Valle-Inclán hogareño y de vida más ordenada.” Pero más interesante, sin duda, que el aspecto doméstico, es el plano creativo del autor que pudiera haber salido tremendamente beneficiado del matrimonio. Así, el papel de Josefina Blanco en la obra de Valle, hasta ahora desatendido o no estudiado, asoma en estas dos entrevistas, que revelan en este punto su interés. De este modo, cuando Josefina habla de los motivos por los que no podría volver al teatro, además de las obligaciones domésticas aduce: “Y también tengo que ocuparme de mi trabajo: soy el corrector de pruebas de mi marido” (Vid. Apéndice II). Este dato, que con frecuencia ha pasado desapercibido entre los estudiosos de Valle,⁸ es revelado por Josefina sólo cuando ella habla en primera persona, como lo demuestran estas entrevistas o la que en Valparaíso, durante la gira americana del matrimonio Valle-Blanco en 1910, acudieron a realizar un periodista, un escritor y un fotógrafo al autor de las *Sonatas*. En el artículo escrito a partir de esta entrevista puede leerse:

En la señora de Valle-Inclán se observa desde el primer momento una clara inteligencia, una comprensibilidad vivaz, y un interés sincero y afectuoso por el trabajo de su esposo. Siempre, al referirse a éste, habla en plural, trabajamos, corregimos, hemos tenido tanto que hacer . . . Dualización que muestra toda una faz de la hermosa vida literaria de Valle-Inclán y en la que tal vez esté, en

parte, el secreto de sus éxitos, tan grandes, como legítimos.”⁹

Además Josefina desvela aspectos desconocidos del proceso de escritura de Valle; Margarita Nelken le pregunta “sólo con la corrección de pruebas tendrá usted bastante que hacer porque Valle-Inclán trabaja mucho, ¿verdad?” (vid. Apéndice II). Josefina responde “Mucho, y como tiene una gran facilidad, a medida que escribe, sin esperar a que esté terminada la obra, ya la manda a la imprenta. Y hasta le ha ocurrido numerar las cuartillas antes de escribir, rara vez rompe alguna” (vid. Apéndice II).

Si Valle salió, como parece, tan beneficiado en el plano doméstico y profesional de su matrimonio, ¿qué aportó éste a la protagonista de las entrevistas? La respuesta, por lo que se refiere al ámbito doméstico, está bien clara: Josefina parece ser feliz con el cuidado del hogar pero es preciso resaltar que la unión con Valle aviva el espíritu artístico y la curiosidad intelectual de una mujer también inclinada a la literatura—confiesa preferir como autor, a Tolstoi—(vid. Apéndice II): “El me ha educado, me ha hecho conocer y sentir el arte. Antes yo no era más que una intuitiva; me faltaba la cultura, que he aprendido a su lado” (vid. Apéndice I). Sin embargo, esta reconocida deuda de Josefina parece haber sido un arma de doble filo por lo que a su actividad profesional se refiere, pues el matrimonio con Valle-Inclán provocó un claro desplazamiento de la figura artística de Josefina, como presuponen ya los comentarios del escritor respecto al papel de la esposa en el matrimonio perfecto: “es perfecto aquél en que la mujer acepta íntegramente la interpretación del marido para toda cuestión política y literaria”¹⁰ (Lima 152). Así, Margarita Nelken le dice “Usted es, ante todo, la mujer de su marido; pero además, es usted Josefina Blanco, la “ingenua” mimada por el público” (vid. Apéndice II) a lo que Josefina contesta: “Lo he sido . . . Ya no soy nada”¹¹ (vid. Apéndice II). En efecto, Josefina Blanco había trabajado con las mejores y más populares actrices del momento, como podemos apreciar en el breve repaso de su trayectoria teatral con Carmen de Burgos (vid. Apéndice I): había debutado con María Tubau, había sustituido a otra gran

actriz de la época, Carmen Cobeña,¹² alcanzando un éxito, y, por fin, se había enrolado en las más importantes compañías de teatro de la época como la de María Guerrero.¹³ Así, consta que alcanzó numerosos éxitos y buenas críticas¹⁴ aunque ahora no parece extrañarlos: “Me agradaban los aplausos del público y el elogio de la crítica; pero tengo la seguridad de no echarlos de menos” (vid. Apéndice I). Por fin, había de superar la que se podría llamar prueba más difícil: representar con éxito obras de su marido. Además de haber formado parte del reparto de *El Marqués de Bradomín* (1906) Josefina Blanco había actuado en *Águila de blasón* (1907) (Iglesias, “El estreno”), *Cuento de abril* (1910) (Lima 176) y *La Marquesa Rosalinda* (1912) (Iglesias, “O contexto” 95). En relación con la penúltima, *Cuento de abril*, había sido estrenada poco antes de la gira sudamericana en Madrid. Ya en Buenos Aires, el estreno de esta obra obtuvo un éxito enorme gracias, en parte, a la interpretación del Trovero, Pedro Vidal, al que dio vida Josefina Blanco, que en la tercera jornada compartió aplausos con don Ramón, quien hubo de salir a escena ante los insistentes reclamos del público. Su actuación en las obras de su marido parece haber sido determinante en el abandono de su carrera teatral: “Si todas las obras satisficieran la ansiedad del artista como esa, [*La Marquesa Rosalinda*] yo no me retiraría” (vid. Apéndice I). Este argumento, unido a la ya comentada insatisfacción por el papel de “ingenua,” revela de forma clara que su retirada del mundo del teatro no se debió sólo a motivos domésticos, sino también a razones estéticas. Esa retirada en 1912 coincide prácticamente en el tiempo con la crisis personal y creadora en la que entra Valle entre 1913 y 1919, años en los que sólo publica su tratado de estética *La lámpara maravillosa* (1916) y la obra narrativa *La media noche* (1917), fruto de su experiencia en la I Guerra Mundial (Iglesias, “O contexto” 98-99 y “El estreno” 15-60). Así, Josefina, en su entrevista con Carmen de Burgos menciona la crisis del teatro¹⁵ y resalta un punto clave para entender los problemas de Valle con la escena de su tiempo: “El teatro de mi marido no es para el gran público ¿verdad? Y, además del público, los artistas tampoco entienden las obras a gusto de él; yo misma, prefería estrenar cualquier obra que no una de mi marido”¹⁶ (vid. Apéndice II).

A la luz de todo lo expuesto cabe reconstruir el retrato final de Josefina Blanco que se perfila en estas dos entrevistas. En primer lugar, y en el ámbito doméstico, Josefina demuestra haber asumido el papel de la mujer casada tradicional: hogareña, maternal, religiosa . . . Y en el ámbito artístico, al que ella había pertenecido, nos encontramos con una actriz retirada que asume con humor irónico lo que ella considera su fracaso, "Retirada por triunfos" (vid. Apéndice I), y con una actitud que claramente oscila entre la nostalgia y la indiferencia. Mantiene, eso sí, la actividad intelectual a través de sus lecturas, y, sobre todo, mantiene una plena conciencia estética sobre el mundo del teatro en consonancia con el pensamiento de su marido. Sin embargo, a pesar de esta coincidencia fundamental, las actitudes de ambos revelan un carácter paradójicamente opuesto, pues mientras: "Yo tengo un carácter tolerante para todo; la mayoría de las cosas me parecen bien. En cambio a Ramón le parece casi todo mal" (vid. Apéndice I), es ella la que se indigna cuando hacen críticas a su marido mientras él no parece inmutarse: "El se queda tan tranquilo y no le da importancia" (vid. Apéndice II).

En conclusión, el retrato que de sí misma parece querer configurar Josefina Blanco es el de una mujer subsidiaria de la figura y, sobre todo, de la obra de su marido, a la que se entrega como si fuera la suya propia. Como consecuencia, las propias entrevistadoras—destacadas defensoras de la mujer en su época—a pesar de ponderar su carrera propia como actriz y de ofrecer datos tradicionalmente desconocidos, redundan en ese retrato subsidiario de la esposa del escritor, marcado por la abnegación y la generosidad:

Su primer (sic) cualidad es la sencillez; sencillamente fue en el teatro una gran artista; sencillamente comparte la gloria de su marido, y sencillamente, con una sencillez más difícil que todos los talentos, es la guardiana, la "protectora íntima" de esta gloria (Vid. Apéndice II)

Josefina Blanco es digna esposa de Valle-Inclán. Nunca he visto una actriz tan desprendida de su profesión de un día que esta mujer. Ni en ninguna de las actrices casadas he visto ese milagro tan sencillo y tan amable. El corazón

de artista de Josefina Blanco se ha hecho más completo, más amplio, más cuajado de cosas y de arte en esta transformación tan humana, tan extraordinaria como la merecía D. Ramón María del Valle-Inclán. (Vid. Apéndice I)

APÉNDICE I

En la transcripción del texto se respeta íntegramente la ortografía original.

Carmen de Burgos, Colombine. "Josefina Blanco," *Confesiones de artistas*, tomo I. Madrid: V. H. de Sáenz Calleja.-Editores, 1917. 116-23.

La esposa de Valle-Inclán me recibe en una estancia que lleva el sello de la distinción de los grandes artistas. Muebles antiguos, señoriales, tapizados de esas telas policromadas en las que sobre un fondo oscuro se mezclan pájaros y flores fantásticos que los ojos se empeñan en descifrar como un jeroglífico, como sucede con esos hilillos de colores de los mantones de alfombra que llevan entre la trama tanto sol. El magnífico retrato del ilustre escritor, pintado por Anselmo Miguel Nieto, y cuadros de Romero de Torres decoran las paredes. Sobre los estantes hay porcelanas de Sajonia, cofrecitos cincelados y bustos como el de "La Bella de las Manos", que ponen en el ambiente una nota de arte y originalidad.

Es siempre la señora de Valle-Inclán esa figura juvenil, menudita, graciosa y pizpireta que no olvidarán nunca los que la han aplaudido en escena.

-¿Cómo se ha acordado usted de mí?- dice con encantadora sencillez-. Si yo creo que están ya muy lejanos los tiempos en que yo pertenecía al teatro...

-Según eso, ¿no siente usted ya afición por él?

-No. Yo hubiera tenido afición si mi tipo me hubiera permitido hacer otra clase de papeles: alta comedia, tragedia. Pero tener que estar siempre condenada a representar ingenuas, cuando mi espíritu ansiaba otra cosa, no valía la pena de ser artista.

-¿De modo, que a usted los papeles de ingenua, que hacía de ese modo tan natural e inolvidable, le eran impuestos por su tipo?

-Sí, señora.

-Verdaderamente es irritante ese convencionalismo del teatro. No sé por qué una Reina o una figura pasional o magnífica no la ha de representar una mujercita pequeña. Ya que en la vida real ella sufre el embate poderoso de las tragedias y de todas las pasiones.

-Así es; sin embargo, no convence.

-Pero usted, en su género, ya era una triunfadora.

-No lo crea usted. Aunque me digan eso, yo creo que he fracasado en el teatro y no me importa.

-Eso prueba que su éxito en la vida es superior a todo.

-Sí, soy feliz y no echo de menos la vida del teatro. Hay muchas razones para justificar mi retirada. No lo necesito para vivir, no renuncio a ningún gran sueldo y me reclaman mi casa y mi familia...

Y ufana, como una niña que enseña su muñeca, sale y vuelve, trayendo de la mano una preciosa criatura casi tan alta como ella, de mirar inteligente:

-Mi hija.

-Es necesario verla para aceptar esa maternidad en usted.

-Pues aquí se reconcentra toda mi vida: mi familia y mi casa..., y no me sobra tiempo, siempre estoy ocupada, siempre tengo que hacer. A Ramón le cuesta trabajo hacerme salir para dar algún paseo por el campo. La Castellana, Recoletos, y todo eso no lo soporto.

-Es que usted ha tenido el acierto y la suerte de tener por compañero a un gran artista, y eso libra su hogar de esa vulgaridad de casi todos los hogares españoles que una mujer del espíritu de usted no podría soportar. Sobre todo habiéndose retirado en pleno triunfo.

-Eso de mis triunfos no lo crea usted. Me recuerda una vez que una Empresa que iba muy mal enviaba todos los días sueltos de Contaduría a los periódicos, con unos bombos enormes; pero como a pesar de eso se vió obligada a cerrar, Benavente exclamó: "Cerrado por éxitos". Así digo yo: "Retirada por triunfos".

-Pero usted, cuando entró en el teatro, ¿no tenía vocación?

-No. Yo quería ser profesora; pero me quedé sin madre, me fui a vivir con una tía mía que era actriz... y debuté.

-¿Dónde?

-En Barcelona, con la Tubau.

-¿Y con qué obra?

-¿Querrá usted creer que no recuerdo bien? Creo que era *Magda*. Luego aquí haciendo papelitos insignificantes, hasta que tuve que sustituir a la Cobeña, que se puso enferma en *Gente conocida*, y dicen que alcancé un éxito. Después ya conoce usted mi labor con la Cobeña y con María Guerrero.

-Y también ha hecho usted papeles que no son precisamente de ingenua.

-Sí. Cuando se estrenó *Alma y vida* yo tenía diez y ocho años y Galdós se empeñó que había de hacer una gitana vieja. Yo no quería encargarme de ese papel; pero al fin cedí y salí airosa de mi empresa.

-Como hubiera usted salido de cualquier otra con esa cantidad de actriz tan enorme que hay en usted.

-Otra vez, en Chile, yendo con la Guerrero, hice de chiquitín, vestida de hombre, y al salir del escenario, un sacerdote, que había visto el acto entre bastidores, me dio una palmada en el hombro exclamando: "Muy bien, muchacho; has estado superior". Yo me volví, sorprendida, y María Guerrero le dijo riendo: "Es la señora de Valle-Inclán". Había que ver la confusión del pobre señor, que me había creído un chico de verdad. No volvió más al teatro.

-¿Cuándo conoció usted a su marido?

-Hace mucho tiempo, cuando aún tenía el brazo.

-¿Y se enamoraron desde el primer momento?

-No. Pero desde el primer momento fuimos buenos amigos. Cuando se murió mi tía y yo me quedé sola en el mundo, él era mi consejero, mi confidente; si experimentaba temor o duda por algo, se lo consultaba a él, y era tal mi confianza en su talento, que le obedecía en todo, hasta en las cosas que a mí me parecían un absurdo. Al fin acabamos por casarnos.

-Después de un conocimiento tan completo y de una estimación tan profundas, que son las condiciones de felicidad de los

matrimonios. Además usted pondrá con su dulzura y su inspiración una nota de colaboración espiritual en su obra.

-Yo lo admiro mucho... No diga usted esto; peor para mí no hay nadie como él. Yo no puedo ayudarle en nada. El me ha educado, me ha hecho conocer y sentir el arte. Antes yo no era más que una intuitiva; me faltaba la cultura, que he aprendido a su lado.

-Es muy común en las actrices que se llamen artistas sin conocer el arte; pero usted lo adivinaba por su genio. Es lástima que ahora que es usted más consciente y más plena abandone el escenario.

-¡Qué quiere usted! No iba a someter a mi hija a esa vida inquieta de acá para allá que exige el teatro. Y luego, ¿para qué? Si pudiera yo representar *Medea* u otra obra así...

-Yo la he visto a usted admirable en dos obras de su esposo. *Cuento de Abril*, que es la obra que yo prefiero de todo el teatro español moderno, y *La Marquesa Rosalinda*. Está usted unida a esa creación de un modo que nadie podrá dar aquella sensación de agudeza y de ligereza de usted ni poner ese matiz que usted ponía con su vocecita penetrante.

-¡Oh! Es que si todas las obras satisficieran la ansiedad del artista como esa, yo no me retiraría.

-Esa es ya una razón de peso. Yo comprendo que para una verdadera artista deben ser un martirio esas obras vulgares, en las que se destrozan el idioma y el sentido común. Yo a veces salgo del teatro verdaderamente admirada del autor. No comprendo cómo caben en una cabeza tantos disparates juntos.

Josefina Blanco ríe y a su vez me pregunta:

-¿Cree usted en la crisis del teatro?

-Sí, señora.

-Es una pena.

-Pero dígame usted: ¿Qué autores y qué obras le gustan más?

-Yo tengo un carácter tolerante para todo; la mayoría de las cosas me parecen bien. En cambio a Ramón le parece casi todo mal.

-Es que un artista selecto como él, que puede juzgar en absoluto el valor de las cosas, llega a tener una sensibilidad

exquisita contra la que choca la vulgaridad, produciendo un dolor casi físico.

-En la casa -me interrumpe ella -es lo más bueno, lo más sencillo y lo más cariñoso que usted puede imaginar. Juega más con sus hijos que yo.

-¿No llegará usted a sentir la nostalgia del teatro que suele acometer a las artistas?

-Me agradaban los aplausos del público y el elogio de la crítica; pero tengo la seguridad de no echarlos de menos. Ahora nos vamos a Galicia y no tiene usted idea de lo que yo gozo en mi retiro, en el campo, frente al mar.

-¿A qué parte de Galicia van ustedes?

-A Pontevedra. Es divino aquello. Se le ha llamado, con razón, la Suiza española.

El semblante de la niña se anima escuchando a su madre como si ya presintiera sus juegos en la playa. Aquella obra viva que realiza Valle-Inclán, en el corazón de su mujer y de su hija, haciéndoles sentir en el arte y la naturaleza esa serena sensación de la verdad, es quizá su obra más admirable, su influjo más simpático.

Josefina Blanco es digna esposa de Valle-Inclán. Nunca he visto una actriz tan desprendida de su profesión de un día que esta mujer. Ni en ninguna de las actrices casadas he visto ese milagro tan sencillo y tan amable. El corazón de artista de Josefina Blanco se ha hecho más completo, más amplio, más cuajado de cosas y de arte en esta transformación tan humana, tan extraordinaria como la merecía D. Ramón María del Valle-Inclán.

APÉNDICE II

En la transcripción del texto se respeta íntegramente la ortografía original.

Nelken, Margarita. "La vida de las mujeres. Josefina Blanco de Valle-Inclán", *El Día*, Madrid, 23 de abril de 1917.

Un saloncito en el último piso de una casa en una calle apartada y silenciosa. El saloncito, íntimo, sería severo sin la nota alegre y muy moderna de unos cortinones de tonos

violentos. Pocos muebles: grandes butacones, una biblioteca baja, una mesa despacho; nada de accidental, y, en todo, un gran reconocimiento y una gran reflexión. Encima de la mesa y de la biblioteca hay cacharros con flores; en una esquina, una lámpara de ancha pantalla. Un vaciado de "La bella de las manos", una muchacha de Romero de Torres, y el retrato de Valle-Inclán por Anselmo Miguel Nieto, definen "el sabor" de la habitación.

Hemos venido a visitar a Josefina Blanco de Valle-Inclán. Ser mujer de hombre célebre es papel peligroso; hay que poderlo ser todo y hay que aparentar no ser nada. ¿Qué ridículo mayor que el de la mujer que quiere aprovechar para sí la gloria del marido? Y por lo contrario, ¿qué mayor traba para la obra de un escritor o de un artista que la que, por incompreensión, encuentra en su mismo hogar? En el Extranjero, casi siempre, la mujer peca en demasía; bien cerca de nosotros está el recuerdo de aquel gran escritor cuya mujer, por afán de ser a toda costa y siempre "compañera de hombre célebre", le puso en el ridículo más espantoso; aquí en España, en general, la mujer peca por demasiado poco, y contadas son las españolas "compañeras" de su marido. Pero las que lo son, lo son deliciosamente, con un tacto, una delicadeza y una medida incomparables; y, entre todas las compañeras, la que mejor merece ese título es quizá la mujer de D. Ramón del Valle-Inclán.

Su primera cualidad es la sencillez; sencillamente fue, en el teatro, una gran artista; sencillamente comparte la gloria de su marido, y, sencillamente, con una sencillez más difícil que todos los talentos, es la guardiana, la protectora íntima de esta gloria.

-Yo creo -empieza diciéndonos -que la mujer de un escritor debe ser así, algo gris. Vamos, que no debe figurar para nada. Y, además, iyo soy tan insignificante! ¿No le parece que debíamos hablar como dos buenas amigas, sin pensar para nada en el público?

-Es que al público -aseguro yo -le interesará muchísimo lo que hablemos. Usted es, ante todo, la mujer de su marido; pero además, es usted Josefina Blanco, la "ingenua" mimada por el público.

-Lo he sido -contéstame con cierta melancolía -Ya no soy nada.

-Algún día volverá a serlo

-¡Quiá! Nunca más. Se acabó.

-¿Por?

-Sencillamente porque no tendría empleo. Para las "ingenuas" ya no sirvo; por mi figura no podría representar grandes papeles, y, la verdad, condenarme a las características...

-Claro que no. Pero usted haría hoy las "ingenuas" como antes de casarse. Primero, que es usted, siempre la misma, y luego, su voz no es para otra cosa.

Y es que la voz de Josefina Blanco tiene esa musicalidad solo comparable a la de esa otra gran "ingenua": Catalina Bárcena.

-No crea, características ya las he hecho. En la última obra que estrené de los Quintero hacía ese papel. Ser "una característica" no quisiera: pero caracterizarme, a veces, me gustaba mucho.

-Tendrá usted que volver a tener ese gusto.

-No; eso de seguro que no. Bien es verdad que lo siento y que no voy casi nunca al teatro, porque me da mucha pena; pero además de que no tendría empleo y de que no estando en una compañía fija no me gustaría andar en "tournées" por provincias, ahora tengo que ocuparme de mi casa, y de mi niña, y ya tengo bastante así. Y también tengo mi trabajo particular: soy el corrector de pruebas de mi marido.

-¿Entonces *****¹⁷ obras de Valle-Inclán antes de que se publiquen?

-Siempre; pues no solo corrijo las pruebas, y esto lo puede usted decir, que si hay erratas mía es la culpa, sino que muchas veces mi marido me lee los trozos que va escribiendo.

-¿Cuál es la obra de su marido que usted prefiere?

-"Romance de lobos" -respóndeme sin vacilar-. Y después, "La Marquesa Rosalinda". Pero yo no puedo juzgar esto, porque a mí todo lo que mi marido escribe, sólo porque lo escribe él, me parece que está tal como debía estar.

-¿Tendrá usted orgullo cuando ve que lo alaban?

-Orgullo, precisamente, no; una gran alegría sí. Y por lo contrario, cuando leo algún artículo en que lo atacan, ime llevo

un disgusto! El se queda tan tranquilo y no le da importancia; pero yo me paso ocho días indignada contra el que escribió eso

-Entonces, cuando los estrenos, ¿pasará usted mal rato?

-Atroz, materialmente no vivo. El teatro de mi marido no es para el gran público, ¿verdad? Y, además del público, los artistas tampoco entienden las obras a gusto de él; yo misma, prefería estrenar cualquier obra que no una de mi marido; ponía en ello todo mi afán, y, sin embargo, yo sentía que no era lo que él hubiera deseado. Era un tormento horrible.

-¿Y cuando Valle-Inclán da conferencias?

-Asisto siempre, y siempre me emociono.

-¿Y cuando le aclaman?

-¡Figúrese!

Y Josefina Blanco, la que fué una gran actriz, ovacionada ella también por el público, pronuncia esta única palabra casi con unción.

-Cuénteme -insisto yo -¿qué vida hace?

-Una vida muy sencilla, muy vulgar. La mitad del año la paso en Galicia; aquí salgo muy poco. No hago, en absoluto, vida de sociedad; corrijo pruebas, me ocupo de mi hija, leo mucho y también rezo mucho, porque soy muy religiosa.

-¿Cuál es su autor preferido?

-Tolstoi; me entusiasma. Ahora estoy leyendo a Alfred de Vigny, que me interesa mucho.

-Pero, ¿sólo con la corrección de pruebas tendrá usted bastante que hacer, porque Valle-Inclán trabaja mucho, verdad?

-Mucho, y como tiene una gran facilidad, a medida que escribe, sin esperar a que esté terminada la obra, ya la manda a la imprenta. Y hasta le ha ocurrido numerar las cuartillas antes de escribir; rara vez rompe alguna.

-Y la niña, ¿conoce la obra de su padre?

-En parte sí; para que se esté quieta, muchas veces mi marido le lee versos; así que con nueve años que tiene distingue si esto es de Rubén o de "La marquesa Rosalinda". Y no hay que engañarla; una vez, Ramón, sin acordarse que era la niña la que estaba ahí, se puso a leer "La lámpara maravillosa". La niña se agitaba, estaba inquieta; por fin, dice: "Espera un poco; en seguida vuelvo". Se levanta, mira las cuar-

tillas que quedaban por leer y ya desde la puerta, dice, enfadada: "¡Ah granuja! ¿Conque me querías leer todo eso, eh?"

Reímos la ocurrencia y Josefina Blanco sigue hablándome de su hija y de la vida íntima, de trabajo, tranquilo y sereno, que llevan en casa. Me enseña telas maravillosas que Valle-Inclán trajo de Méjico y que mandó venir de las Indias. Y el retrato de Anselmo Miguel Nieto, ese estupendo retrato que, además de ser la mejor obra de su autor, es uno de los retratos más "completos" del arte moderno, preside, con aspecto elevado y reflexivo a toda la elevación y a toda la reflexión del ambiente.

NOTAS

1. La realizada por Margarita Nelken (vid. Apéndice II) puede fecharse con seguridad en 1917, pues así consta en el periódico madrileño *El Día*, del 23 de abril de ese año. Más dudas ofrece la realizada por "Colombine," pues, aunque aparece en el volumen *Confesiones de artistas*, publicado en 1917 no se consigna la fecha específica de la entrevista. Por las palabras de Josefina, "¿Cómo se ha acordado usted de mí? . . . Si yo creo que están muy lejanos los tiempos en que yo pertenecía al teatro . . ." (vid. Apéndice I) parece muy posterior a 1912, fecha de la retirada de las tablas de la actriz. Sin duda, se enmarca en uno de los años en los que Valle-Inclán vive con su familia en Galicia, "Ahora nos vamos a Galicia y no tiene usted idea de lo que yo gozo en mi retiro, en el campo, frente al mar" (vid. Apéndice I) donde, como es sabido, trata de dirimir una crisis personal y creadora convirtiéndose en una suerte de patriarca rural con una iniciativa agrícola que fracasó (vid. las cartas reproducidas por García Bayón). Durante ese período, exactamente en 1914, tuvo lugar el desgraciado episodio de la muerte del primogénito varón, Joaquín María (Madrid, 28 de mayo de 1914-Cambados, 29 de septiembre de 1914) tan sólo cuatro meses después de nacer. En la entrevista, Josefina Blanco afirma sobre Valle: "Juega más con sus hijos que yo" (vid. Apéndice I), pero a lo largo de su diálogo con Carmen de Burgos sólo alude a su hija mayor, Conchita, y sólo esta niña es presentada a la entrevistadora. Esto no facilita precisar la posible fecha exacta de la entrevista, teniendo en cuenta que el segundo varón, Carlos Luis, nació el 31 de octubre de 1917, aunque también en la entrevista con

Margarita Nelken Josefina Blanco aparece fotografiada sólo con Conchita y no alude a otra descendencia.

2. Sobre Carmen de Burgos vid. Núñez, Utrera y Naveros y Navarrete. Sobre Margarita, Nelken vid. Preston y Martínez. Nuestro agradecimiento a la Dra. Ángeles Quesada, que ha cedido al "Grupo de Investigación Valle- Inclán" la última de las entrevistas citadas.

3. Además de estas dos entrevistas de 1917 hay noticia de, al menos, otras dos realizadas a la actriz. Alberca y González (109 y 114) autoras de la última biografía publicada sobre Valle-Inclán hacen referencia a la que el escritor catalán Paulino Massip le hizo en 1928 y otra realizada en 1944, aunque no citan al entrevistador. Mencionan la de Margarita Nelken que aquí reproducimos.

4. Ceferino Palencia (Fuente de Pedro Naharro 1858-Madrid 1928). Dramaturgo español, se casó con la actriz María Álvarez Tubau en 1881 y fue empresario y director obteniendo grandes éxitos en España y en América. Fue además autor de varias comedias, que escribió en colaboración con otros autores. María Álvarez Tubau (Madrid 1854-1914), formó compañía propia junto con su esposo y desde entonces actuó preferentemente en el Teatro de la Princesa, realizando giras por España y América. Se especializó en la interpretación de comedias e introdujo obras de autores extranjeros como *La dama de las camelias*, *Divorciémonos* y *La Corte de Napoleón*. Estrenó numerosas piezas de su esposo y autores de la época como Echegaray, Eusebio Blasco y otros. Desde 1904 fue profesora en el Conservatorio de Madrid (Cfr. Gómez 624 y 38).

5. El primer encuentro entre Valle-Inclán y Josefina Blanco dejó en esta una marcada impresión, según se desprende de sus "Memorias" inéditas que reproducen algunos autores (Vid. Lima 146, Santos 46, y de manera más extensa, Alberca y González 267). Este retrato resulta de gran interés no sólo por la mezcla de atracción y extrañeza que experimentó Josefina, sino porque en su escritura se advierte una notable soltura literaria, como revela la adjetivación con la que describe la mano y los ojos de Valle: "una mano exangüe, casi traslúcida, casi espectral, de dedos largos, de uñas pulidas y puntiagudas . . . tras los quevedos, los ojos tristes, dulcísimos, maravillosos, cargados de melancolía . . ." o la comparación a la que recurre para culminar, en una frase, el largo retrato que elabora del personaje: "el extraño desconocido, que inmóvil, hierático, permanecía en el hueco del balcón, como un santo en su hornacina, con la mirada perdida tras los gruesos quevedos . . ." Esta impresión de extrañeza habría de perdurar en Josefina Blanco toda la vida.

6. Francisco Ortega (¿-?): Actor español del primer tercio del siglo XIX. Alcanzó resonancia en papeles de galán joven. Formó compañía propia junto con la actriz Matilde Moreno (Madrid 1874-1959) quien se había presentado con la compañía de Rafael Calvo trabajando posteriormente en América con Vico. Obtuvo importantes éxitos en obras como *Fedora*, *Alma y vida*, *Deshonor*, *La fuerza bruta*, *Otelo*, *Tosca* y sobre todo *Electra* de Galdós (Cfr. Gómez 348 y 573). La relación de ambos con Valle-Inclán dramaturgo fue temprana: en 1906 la compañía de Matilde Moreno y Francisco García Ortega estrenó una adaptación de las *Sonatas* que llevaba por título *El Marqués de Bradomín*. Al año siguiente, fecha de la publicación de esta obra, incluyó una dedicatoria que hacía referencia a la representación: "Estos diálogos tuvieron hace tiempo vida en el teatro. Es un recuerdo que me sonríe al releer estas páginas: Con ellas envió a Matilde Moreno y a Francisco García Ortega mi saludo de reconocimiento, de admiración y de amistad" (vid. Iglesias, "O contexto" 91). La colaboración continuó durante este mismo año: el 2 de marzo de 1907 la citada compañía estrena *Águila de blasón*. En 1910, Matilde Moreno y Francisco Ortega llevan a escena *Cuento de abril*, y en ese mismo año, Valle y Josefina Blanco, quien figuraba en el reparto de la compañía, inician una gira por Sudamérica con la actriz y el dramaturgo, que había de terminar en la ruptura.

7. Alberca y González (103) desmienten que el matrimonio civil hubiera tenido lugar en enero de ese año, pero insinúan una posible convivencia de la pareja antes de casarse, al igual que Lima (149).

8. Excepción hecha de Alberca y González, que en este punto conceden una importancia extraordinaria a Josefina ya desde el noviazgo. Según estos autores, la todavía actriz logró convertir en resultado literario los numerosos proyectos y argumentos que rondaban en la mente de Valle, entregándole cada noche diez cuartillas que al día siguiente, él debía devolverle escritas. Implacable en la exigencia del cumplimiento de su deber, Josefina no hablaba a su entonces novio si éste no había cumplido su cometido y nunca cedió en el número de cuartillas, aunque con el tiempo, le permitió escribir en papel de menor tamaño. Una vez casados, ella se convirtió en su correctora, haciendo legibles cuartillas que Valle, escribía en la cama, y en numerosas ocasiones asumió el papel de agente literaria, como demuestran las cartas que envió a Rubén Darío mientras su marido estaba en el frente francés (vid. Lavaud 667-75). Especial énfasis en el papel de correctora ponen estos biógrafos de Valle en una de las "Comedias bárbaras" que, por otra parte, era la preferida de Josefina entre las de su marido, *Romance de lobos*, y de la que afirman haber sido escrita en veinte días, pues Valle había comprometido la obra con el

diario *El Mundo*. Encerrado en su casa, escribía a un ritmo frenético cuartillas numeradas que arrojaba al suelo mientras Josefina las recogía, las ponía en escritura legible y las llevaba a la redacción del periódico. Ni siquiera Cipriano Rivas Cherif habla del papel de la esposa pues sólo comenta la lectura en voz alta que lleva a cabo Valle entre vómitos de sangre (vid. Aguilera 131).

9. Cfr. Garlitz (112).

10. En relación con esta "aceptación íntegra" y el subsiguiente desplazamiento de Josefina podemos recordar la famosa anécdota protagonizada por Valle-Inclán en Las Palmas de Gran Canaria, localizada en 1906 (Alberca y González 103-104) o en 1910 (Garlitz 91-93): el escritor, que viajaba como director artístico con la compañía de Francisco García Ortega, intentó encerrarse con su esposa, actriz de reparto, para que ésta no interpretara *Mancha que limpia*, de José de Echegaray, y tuvieron que detener a Valle por el incidente. Cuando días después en la capital argentina García Ortega substituyó el drama de Valle *Cuento de abril* por *Las vengadoras* del echegarayista Eugenio Sellés, Valle rompió la relación con la compañía y la dramática situación de la pareja hubo de ser salvada por Josefina, enrolándose en la compañía de Guerrero y Mendoza con la que continuaron la gira por Argentina y Chile.

11. Aunque en la entrevista con "Colombine" (Apéndice I) Josefina parece muy tajante afirmando que no volverá a actuar, la actriz retornó a los escenarios en 1924 y, según Lima (258), contribuyó con ello a abrirle camino a Valle. En 1926, volvió a representar una obra de su marido, interpretando un papel en *Ligazón*. Una nueva incorporación a la escena había de producirse después de 1932, fecha del divorcio de Valle-Inclán y Josefina, y esta vuelta se debió entonces a las dificultades económicas de la actriz, quien se quedó a cargo de la hija más pequeña, mientras a Valle se le adjudicó la custodia de los demás hijos menores.

12. Carmen Cobeña (Madrid, 1869-1963): Comenzó su carrera artística en 1890 como discípula de Rafael Calvo, Emilio Thuillier, Enrique Borrás y Francisco Morano. Casada con el dramaturgo Federico Oliver, fue una gran intérprete del teatro de Benavente. Entre sus principales creaciones destacan *El nido ajeno*, *Señora ama*, *Los semidioses* y *La alcaldesa de Ontanares* (cfr. Gómez 183).

13. María Guerrero (Madrid, 1868-1928): Discípula de Teodora Lamadrid, trabajó junto a importantes actores españoles y franceses como Coquelin—actor al que alude Valle-Inclán en términos admirativos al menos en una entrevista (Dougherty, *Un Valle-Inclán olvidado* 169)—y Sara Bernhardt. Se casó con Fernando Díaz de Mendoza en 1896, con quien formó compañía. Con un repertorio de más

de 150 títulos, se distinguió especialmente en la tragedia, y se ganó fama de intérprete insuperable en el teatro de su época, obteniendo grandes triunfos en obras de Echegaray, Benavente, Valle-Inclán, los hermanos Álvarez Quintero, Linares Rivas, Martínez Sierra y Marquina. Con su esposo recorrió varios países europeos y la mayor parte de los de América. Por iniciativa suya fue construido el Teatro Cervantes de Buenos Aires (cfr. Gómez 358).

14. Basten un par de ejemplos para ilustrar este éxito de Josefina. El *Heraldo de Madrid* del 14 de febrero de 1900 pondera la actuación de la actriz en la representación de *Fedora* (vid. Joaquín y Javier del Valle-Inclán 39). Años más tarde, en su gira sudamericana, Josefina es celebrada en el papel del paje Albertino en la obra *En Flandes se ha puesto el sol*, con la compañía Guerrero Mendoza, papel de "chiquitín" (vid. Apéndice I) al que posiblemente alude en la entrevista con Carmen de Burgos.

15. Para la crisis de la escena española vid. Dougherty y Vilches 13-65.

16. Desde 1907 a 1917 Valle-Inclán había estrenado diversas obras rodeadas de problemas. El público acostumbrado al teatro comercial de la época había acogido mal *Águila de blasón*, a pesar de los anuncios aparecidos en la prensa y la calidad de los actores. La obra fue tachada de inmoral y sólo obtuvo tres representaciones más. Fiel a sus ideas estéticas, intentó abrir camino a sus propuestas renovadoras en el marco de los Teatros de Arte o Teatros Libres que estaban llevando a cabo sus experimentos en Europa, por lo que firmó, en 1908 el manifiesto fundador de uno de ellos, que no había de llegar muy lejos. En 1912 se produce la ruptura con la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, quienes no habían incluido en su repertorio la obra *Voces de gesta* en su gira por el Norte. La ruptura provoca una oleada de comentarios negativos del actor por parte de Valle y una lectura pública en Pamplona que dio mayor difusión al escándalo (vid. Gago 533-55). El mismo procedimiento iba a ser escogido para dar a conocer *El embrujado* (1913), ya que después de diferentes gestiones ningún actor ni ninguna compañía aceptó hacerse cargo de la obra (vid. Míguez 197-203 y Ramoneda 3-4). Así las cosas, la lectura pública en el Ateneo derivó en un escándalo de grandes proporciones que cerraron aún más los medios teatrales a Valle. Pero en esos momentos el dramaturgo era consciente de que "nadie mejor que yo, sabe que no son obras de público, y mucho menos de público de provincias. Son obras para una noche en Madrid y gracias" (Iglesias, *Divinas palabras* 24). A partir de 1913 entra en la ya aludida crisis personal y creadora, que viene a resolverse en 1919 con la profusa aparición de obras que responden a

un nuevo talante estético del autor: *La pipa de kif* y *Divinas palabras* en 1919; *El pasajero*, *La enamorada del rey*, *Luces de Bohemia* y *Farsa y licencia de la reina castiza* en 1920. (Para un estudio detallado de la evolución del teatro de Valle véase Iglesias, "O contexto" 81-124, e "Introducción" a *Divinas palabras*).

17. Con estos asteriscos se indica la ilegibilidad del texto.

OBRAS CITADAS

- Aguilera Sastre, Juan. *Cipriano de Rivas Cherif: una interpretación contemporánea de Valle-Inclán*. Barcelona: Cop d'Idees, 1997.
- Aguilera Sastre, Manuel Juan y Aznar Soler. *Cipriano de Rivas Cherif y el teatro español de su época (1981-1967)*. Madrid: Publicaciones de la Asociación Española de Directores de escena de España, 2000.
- Alberca, Manuel, y Cristóbal González. *Valle-Inclán. La fiebre del estilo*. Madrid: Espasa-Calpe, 2002.
- Burgos, Carmen de. "Josefina Blanco." *Confesiones de artistas*. Madrid: V. H. de Sáenz Calleja, 1917. 116-23.
- Dougherty, Dru. *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*. Madrid: Fundamentos, 1983.
- _____ y María Francisca Vilches. *La escena madrileña entre 1918 y 1926*. Madrid: Fundamentos, 1990.
- Gago Rodó, Antonio. "Valle-Inclán ante la escena. La lectura de *Voces de gesta* en Pamplona (1912)." *Anales de la literatura española contemporánea* (1999): 533-55.
- García Bayón, Carlos. *Valle-Inclán y Viana del Prior*. A Coruña: Diputación Provincial da Coruña, 2001.
- Garlitz, Virginia. "Valle-Inclán y la gira americana de 1910." *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios*. Ed. y coord. Margarita Santos Zas, et al. Santiago de Compostela: Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, 2000. 91-122.
- Gómez García, Manuel. *Diccionario de teatro*. Madrid: Ediciones Akal, 1997.
- Hormigón, Juan Antonio. *Valle-Inclán. Cronología. Escritos dispersos. Epistolario*. Madrid: Fundación Banco Exterior, 1987.
- _____. *Catálogo de la Exposición "Montajes de Valle-Inclán"*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1986.
- Iglesias Feijoo, Luis. "El estreno de *Aguila de blasón* de Valle-Inclán en 1907." *Homenaxe ó Profesor Constantino García*. Coord. Mercedes Brea y Francisco Fernández Rei. Santiago de Compostela: Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, 1991. 459-71.
- SANDRA DOMÍNGUEZ CARREIRO
- _____. "O contexto." *Valle-Inclán 98*. Santiago de Compostela: Igaem, 1998. 83-136.
- _____, ed. *Divinas palabras*. Madrid: Espasa-Calpe, 1991.
- Lavaud, Jean-Marie. *El teatro en prosa de Valle-Inclán (1899-1914)*. Barcelona: PPU, 1992.
- _____. "Valle-Inclán et Mondial Magazine. Les lettres de Valle-Inclán y Josefina Blanco a Rubén Darío." *Hommage a Robert Jammes*. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, 1994. 667-75.
- Lima, Robert. *Valle-Inclán. El teatro de su vida*. Vigo: Nigra Imaxe, 1995.
- Martínez Gutiérrez, Joseba. *Margarita Nelken (1896-1968)*. Madrid: Ediciones del Orto, 1997.
- Míguez Vilas, Catalina. "El Correo Español. Apostillas a la polémica de El Embrujado." *Anales de la literatura española contemporánea* 26.3. *Anuario Valle-Inclán I* (2001): 197-203.
- Naveros, Miguel y Ramón Navarrete Galiano. *Carmen de Burgos. Aproximación a la obra de una escritora comprometida*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1996.
- Núñez Rey, Concepción. *Carmen de Burgos, Colombine (1867-1932) Biografía y obra literaria*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1992.
- Paz Andrade, Valentín. *La anunciación de Valle-Inclán*. Madrid: Akal, 1981.
- Preston, Paul. *Palomas de guerra*. Barcelona: Debolsillo, 2002.
- Ramonedas Salas, Arturo. "Valle-Inclán. Un estreno frustrado." *Ínsula* (1983): 3-4.
- Santos Zas, Margarita. *Valle-Inclán*. Santiago de Compostela: Cuadernos de Acción Cultural, 1997.
- Utrera, Federico. *Memorias de Colombine. La primera periodista*. Madrid: HMR, 1998.
- Valle-Inclán, Joaquín y Javier del. *Catálogo de la Exposición Don Ramón María del Valle-Inclán (1866-1898)*. Santiago: Universidad de Santiago de Compostela, 1998.